

Núñez de Guzmán, llamado vulgarmente el Pinciano; la filosofía la oyó de Toledo, y finalmente, cursó en parte la teología bajo la dirección de Fr. Domingo Soto. La gran capacidad de que Dios dotó á Maldonado y el entusiasmo y tesón, propios de aquel tiempo, con que se aplicó á los estudios, le enriquecieron con un caudal de ciencia eclesiástica y de letras humanas, que le distinguía de sus compañeros, aun en aquella época de tan sólida y robusta formación literaria.

La universidad de Salamanca, que había visto con dolor la vocación religiosa de Toledo, creyó resarcir esta pérdida con el joven Maldonado. Por eso, apenas terminó éste la carrera de sus estudios, le dieron una cátedra de filosofía, y un año después le ascendieron á otra de teología. En medio de tan brillantes comienzos, la voz del Espíritu Santo hablaba al interior del joven profesor, y el ejemplo del P. Toledo le incitaba á entrar en la Compañía. Empezando á tratar de este negocio, como vió las dificultades gravísimas que en Salamanca se suscitaban para retraerle de su vocación, resolvió cortarlas de golpe, ausentándose adonde nadie le molestase. Fuése, pues, á Roma, y allí entró en la Compañía el 10 de Agosto de 1562. Aun no tenía las sagradas órdenes; pero los superiores, conociendo su sólida virtud y su grande ciencia, le mandaron ordenarse al año de noviciado. Recibido el sacerdocio, fué luego mandado al colegio de París, donde con tanta gloria había de enseñar la ciencia sagrada.

Con estos insignes maestros se puede juntar el Dr. Fernando Jaén, nacido en Córdoba el año 1519. Después de recorrer brillantemente la carrera de sus estudios, entró en la Compañía en 1559. El año siguiente era enviado á Roma para enseñar teología. Habiendo experimentado allí su talento, le destinaron los superiores al colegio de Viena. En esta ciudad y en Praga residió algunos años; pero no pudo trabajar en la enseñanza tanto como se había esperado. Su delicada salud, que empeoraba con los fríos rigurosos de aquellos países, obligó á los superiores á volverle á Roma, y en esta ciudad expiró el año 1567 (1).

4. Todos estos Padres fueron llamados por Dios á la Compañía precisamente cuando terminaban la carrera de sus estudios en nuestras más célebres universidades, sin duda para que desde luego pudieran fructificar en la viña del Señor, y, reanimados por el espíritu reli-

(1) Cf. Sommervogel, *Les Jésuites de Rome et de Vienne en MDLXI*. Véanse también *Epist. P. Nadal*, t. II, los diversos pasajes en que se habla de este Padre, p. 706, verbo *Iaen Ferdinandus*.

gioso de San Ignacio, consagrar fervorosamente á la mayor gloria de Dios los talentos y ciencia de que se hallaban adornados. Todos sin excepción empezaron á enseñar desde el noviciado. Pero al mismo tiempo llamaban á las puertas de la Compañía otros jóvenes que, formándose á la sombra de los precedentes, habían de emular con el tiempo el mérito y virtud de ellos. Por lo mismo que eran jóvenes cuando entraron en religión, apenas tenemos noticias sobre ellos en esta época, pues por entonces no era posible adivinar lo que, andando el tiempo, habían de valer.

¿Quién, por ejemplo, se acordaba en Salamanca el año 1557 de un muchacho, valisoletano, de diez y seis años, llamado Alonso Rodríguez? Oscuro y recogido seguía la carrera de sus estudios, cuando, conmovido por los sermones del P. Antonio de Madrid, resolvió vestir la sotana de la Compañía. Este jovencito había de ser el eminente maestro de novicios que á tantos había de formar en el espíritu de nuestra vocación, y el popularísimo asceta cuyo *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* había de ser el pasto más ordinario de las almas que aspiran á la práctica de la virtud. La misma edad que Rodríguez tenía, poco más ó menos, cuando entró en la Compañía, Miguel Marcos, nacido en Villacastín el año 1542, y recibido en Alcalá en 1558. Formado en el aula del P. Deza, pasó pronto á Salamanca, donde por espacio de unos treinta años, ya como maestro, ya como prefecto de estudios, fué una de las columnas de aquel célebre colegio. Éste es el que en 1581 hizo sostener las primeras tesis contra la premoción física de los tomistas, el que en 1589 defendió nuestro instituto contra las impugnaciones del P. Domingo Banes, y uno de los que más hubieron de trabajar y padecer al principio de la célebre controversia *de Auxiliis*. En Alcalá entró también el año 1559 el P. Juan Azor, uno de los más ilustres moralistas, y que además tiene en la historia de la Compañía otro recuerdo memorable, pues fué uno de los seis nombrados por el P. Aquaviva en 1584 para formar el *Ratio studiorum*. En esta grande empresa Azor era el representante de España.

Pero de todos los jóvenes admitidos en nuestra religión en el generalato del P. Laínez, ninguno había de ilustrar tanto el nombre de la Compañía como el eximio Dr. Francisco Suárez. ¡Cosa singular! Este hombre, que con el tiempo había de ser el príncipe de nuestros teólogos, mostraba en su primera edad corto talento, y casi lo único que sabemos de su vocación á la Compañía, es la dificultad que hubo en recibirle, por el temor de que ni su capacidad ni su

salud fueran bastantes para poder ejercitar con fruto los ministerios de la Compañía. Había nacido Suárez en Granada el 5 de Enero de 1548, de noble linaje, y trasladado á Salamanca, había empezado sus estudios sin ninguna cualidad relevante que le distinguiera de sus compañeros. En la Cuaresma de 1564 predicó el P. Juan Ramírez en Salamanca, y probablemente la voz de tan elocuente predicador debió despertar en Francisco Suárez, como en tantos otros, el deseo de entrar en la Compañía. Pidió esta gracia á nuestros superiores, y ellos, dudando de su aptitud, tardaron en concedérsela. ¿Es que realmente no tenía entonces talento, y después se lo concedió el Señor por gracia sobrenatural, como algunos opinan? ¿Es que no estaba todavía desarrollado su ingenio por el ejercicio de los estudios? No lo sabremos determinar. Es lo cierto que hubo varias dudas y consultas sobre el caso, hasta que el P. Provincial de Castilla, Juan Suárez, observando la modestia y humildad del pretendiente, resolvió admitirle, y así lo hizo en el verano de 1564.

5. Todos estos hombres se distinguieron en el cultivo de las ciencias sagradas. Á otros llamó Dios que debían promover su mayor gloria en otros ministerios. Nombremos, ante todo, al infatigable educador de la juventud, al perpetuo maestro de gramática P. Juan Bonifacio. Era leonés, natural de San Martín del Castañar, y á los diez y ocho años de su edad, en 1557, movido, como el P. Alonso Rodríguez, por la predicación del P. Antonio de Madrid, pidió y obtuvo ser admitido en la Compañía. Todavía le faltaba mucho para terminar sus estudios, como es de suponer en su corta edad; pero por la escasez de personal que entonces experimentaba la Compañía para sostener tantos colegios, fué destinado Bonifacio á enseñar gramática desde novicio. Cuarenta y nueve años vivió en la religión, hasta que expiró santamente en 1606, y si se descuentan algunos años que hubo de consagrar al estudio de la teología y algún otro tiempo que le impidieron sus enfermedades, lo restante de su santa vida, que fué de unos cuarenta años, lo empleó invariablemente en enseñar gramática. No fueron estériles tan penosos y continuados trabajos, pues de su escuela salieron muchos hombres ilustres, y llegó á contar mil doscientos discípulos suyos que vistieron el hábito religioso (1).

(1) Sobre el P. Bonifacio merece consultarse la breve pero interesante monografía del P. Delbrell, S. J., *Les Jésuites et la pédagogie au XVI siècle*. Paris, 1894. Véase también á Jouvancy, *Hist. S. J.*, p. 446.

Contemporáneo de Bonifacio fué el P. Gaspar Sánchez. Al oír este nombre pensarán mis lectores, que hablo del célebre comentador de los profetas, nacido en Ciempozuelos. Ciertamente que el insigne escritor consumió largos años de su vida en enseñar letras humanas, y mereció por esta razón no pequeña alabanza; pero entró en la Compañía algún tiempo después. El Gaspar Sánchez á que me refiero fué un humilde religioso, nacido en Cascante (Navarra), y que vistió nuestra sotana el año 1560. Duróle la vida hasta 1610, y si se exceptúan algunos años, en que fué rector del colegio de Vergara, y otros que empleó en cargos de gobierno, lo restante de su vida, que no bajó de treinta y dos años, lo dedicó á la enseñanza de la gramática. Al indicar cómo entabló los estudios en el colegio de Soria, dice de él Ribadeneira: «Era el P. Gaspar Sánchez varón de rara virtud y buenas letras, y muy hábil y aplicado á criar la juventud en ciencia y buenas costumbres» (1).

6. Con estos hombres, que habían de lucir sus talentos principalmente en las cátedras y en los libros, juntaba Dios en nuestros noviciados á otros que se habían de distinguir por su celo apostólico en las misiones. Citaremos algunos pocos. En 1560 recibió la Compañía en Loreto al P. Antonio Sedeño, fundador de la provincia de Filipinas, sobre cuya vida religiosa nos da Ribadeneira estas interesantes noticias: «Conocíle yo mucho y tratéle el año de 1560, en el colegio de Nuestra Señora de Loreto, adonde él fué recibido y después en algunos años.» Y luego, copiando al P. Chirino, añade: «Fué este santo varón raro ejemplo de virtudes en vida y no menos en su muerte, y así en vida y en muerte fué muy estimado de todas suertes y estados, y particularmente eclesiásticos y religiosos, que reconocían en él una virtud admirable. Mancebo salió de España en servicio del duque de Feria; fué recibido en la Compañía en Loreto; estudió en Padua y tuvo á cargo en Roma el colegio germánico, de donde el P. Francisco de Borja le envió al Japón; y como llegado á Sevilla supiese que ya las naves de la India eran partidas de Lisboa, esperó allí nueva obediencia. Esta fué dándole elección que se embarcase para el Perú ó á la Florida, cual más le contentase. Escogió la Florida, como menos rica y más desprovista, para padecer en ella muchos trabajos por Cristo» (2). Con este fervoroso espíritu emprendió su carrera apostólica el P. Sedeño, y nunca de-

(1) *Hist. de la Asistencia de España*, l. VI, c. 11.

(2) *Ibid.*, l. VIII, c. 15.

cayó el generoso aliento con que la había comenzado. Después de padecer penosas fatigas en la Florida, en la Habana y en Méjico, fué, en 1581, mandado á Filipinas, y á él se debió principalmente el principio y asiento de aquella misión, una de las que más honran á la Compañía.

Con el P. Sedeño podemos recordar al P. Juan de Atienza, nacido en Tordehumos (Valladolid), y admitido en la Compañía el año 1564. Enviado al Perú, fué uno de los hombres que más se distinguieron en aquella provincia, ya como rector del colegio de Lima, ya como Provincial del Perú. El mismo año 1564 vestía nuestra sotana el P. Antonio de Mendoza, miembro de la ilustre familia de los Condes de Orgaz, quien, enviado á Nueva España, había de ser prudentísimo Provincial, y, venido á Europa, había de ser nombrado Asistente del P. Aquaviva. Sin pasar á las Indias habían de ejercitar su celo apóstólico en España algunos valientes operarios, como el P. Gaspar Sánchez, distinto del escriturario y del gramático, que, admitido en 1556, había de continuar predicando por más de treinta años; como el P. Jorge Álvarez, humilde sacerdote de Úbeda, que, entrado en la Compañía en 1558, emprendió una carrera de apóstol rural, y durante unos veinticinco años no cesó de evangelizar á los presidiarios, á los arrieros, á los moriscos, á los gitanos y á todo el desecho de la sociedad. «Llevaba tras sí, dice el P. Roa, los ojos de toda la casa, y señalábase sobre todos los de su tiempo en humildad, en devoción, en silencio, en oración, en piedad y misericordia, en perfecta renunciación de todas las cosas de la tierra» (1).

7. Al lado de estos hombres que decididamente se consagraron á un ministerio determinado, y en él perseveraron toda la vida, agrada recordar á otros que mostraron aptitudes diversas, y según los tiempos y circunstancias ejercitaron oficios muy diferentes. Así el P. Juan Fernández, quien, después de enseñar doctamente la teología en el colegio romano, aparece en los campos de Flandes, predicando á los soldados de Alejandro Farnesio y exhortándolos fervorosamente no menos á la penitencia de sus culpas que al valor y destreza en las batallas. Así el P. Francisco Arias, ejercitado en cargos de gobierno y en escribir doctos libros ascéticos. Así el P. Luis de Guzmán, de estirpe nobilísima, varias veces rector, dos veces Provincial de Toledo, y al mismo tiempo clásico historiador

(1) *Historia de la Prov. de Andalucía*, l. III, c. 10. Puede verse un cumplido elogio del P. Jorge Álvarez, en Sacchini, *Hist. S. J.*, P. v, l. IV, n. 116.

de nuestras misiones de la India y Japón; hombre tan prudente en el consejo como elegante en el estilo.

8. Prolijo sería enumerar todos los hombres distinguidos que entraron en la Compañía durante el generalato del P. Laínez. Creemos que los citados bastan para mostrar la suave providencia del Señor, que mientras por un lado ofrecía muchos colegios á la Compañía y abría campos dilatados al celo apostólico de nuestros Padres, por otro despertaba fervorosas vocaciones y suministraba buenos operarios, no sólo para desempeñar los trabajos ya empezados, sino para acometer allende los mares las ilustres empresas que dentro de poco había de tomar sobre sí la Compañía de España.

Mientras de este modo progresaba nuestra Orden en nuestra nación, adelantaba también considerablemente en otros países, y, sobre todo, abundaban las vocaciones en Italia; pero acerca de los sujetos que se recibían por entonces en ambas naciones, merece notarse, para los sucesos que más adelante habremos de referir, la siguiente observación de nuestro historiador Sacchini: «Florecían mucho en el colegio romano los estudios, y aunque se enviaban muchos sujetos de él, no sólo por Italia, sino también á Alemania, Bohemia, Bélgica y Francia, sin embargo, á fines del año 1558 contaba el colegio ciento trece individuos. Tan numerosos éran los que Dios llamaba á la Compañía, que en el otoño de este año fueron aquí recibidos más de cuarenta. Entre estos sujetos y los que entraban en España había esta diferencia: que en Roma eran pocos los que venían provistos de la ciencia suficiente para darse luego á los ministerios. Entraban algunos doctores en derecho civil y en medicina, pero tan ayunos de filosofía y teología, que les era preciso cursar de nuevo estas ciencias. En España al revés: la mayor parte de los que entraban eran hombres bien formados en letras humanas y divinas, prácticos en el predicar y diestros en la dirección de las almas. Todo lo cual dispuso con admirable modo la suave providencia de Dios para que la Compañía pudiese llevar adelante la grande empresa que había acometido de promover la divina gloria, pues le suministraba operarios ya dispuestos y juntamente otros que sucediesen á los primeros. De aquí resultó que en casi todas las Provincias de la Compañía los cargos más importantes estuvieron en esta época confiados á Padres españoles» (1).

De estas juiciosas observaciones de Sacchini se infiere sin dificultad

(1) *Hist. S. J.*, P. II, l. II, n. 87. Tan notable pareció el aumento de la Compañía

tad, que como Dios quiso tomar á un español para padre y fundador de la Compañía de Jesús, así determinó asentar esta religión en casi todas las regiones del mundo sobre el fundamento de santos y prudentes jesuitas españoles.

en este año 1558, que el P. Láinez, según refiere el mismo Sacchini, escribió una carta-circular á todos nuestros Padres y Hermanos, mandándoles dar gracias á Dios por el insigne acrecentamiento que daba á nuestra Orden. «*Extremo anno Lainius commissae sibi familiae statum, quaeque ad eam vel tuendam, vel provehendam valere possent ubique terrarum attente circumspiciens, impense per litteras quaedam rerum capita commendavit. Primum, ut, quoniam Deus illam tam brevi spatio usque eo amplificarat, sive genus personarum et numerus, quibus auverat; sive provinciae, ad quas dilataverat, sive in commune hominum adiumentum, quo cuncta ipsa Sodalitas et eius amplificatio tendit, feliciter gesta spectarentur; singuli de tot beneficiis eius benignissimae Maiestati praecipuo studio gratias agerent.*» (Ibid.)

CAPÍTULO V

PERSECUCIONES DE LA COMPAÑÍA.—MELCHOR CANO

1556-1560

SUMARIO: 1. Recuérdese la persecución de Melchor Cano en Valladolid el año 1556.—2. Sus invectivas contra los jesuitas con ocasión de explicar las epístolas á Timoteo.—3. Su carta á Fr. Juan de Regla contra la Compañía.—4. Difúndese el rumor de que el P. Araoz impedía la traslación de Melchor Cano á otra silla mejor que la de Canarias.—5. Callan los Nuestros, y el público se aficiona más á ellos.—6. Salen á la defensa de la Compañía Fr. Juan de la Peña y Fr. Luis de Granada.—7. El P. Provincial de Santo Domingo manda á Melchor Cano cesar en sus lecciones.—8. Viaje de Cano á Roma y lo que allí hicieron los jesuitas para reducirle.—9. Su muerte, y juicio de sus actos contra la Compañía.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Epistolae mixtae*.—2. *Cartas de Melchor Cano* en Fermín Caballero.—3. *Epistolae P. Nadal*.—4. Ribadeneira, *Historia de la Asistencia de España*.—5. Idem. *Persecuciones de la Compañía*.—6. *Regestum Láinez*.

1. Mientras la Compañía se iba extendiendo tan prósperamente en España, no habían de faltarle las persecuciones y trabajos que siempre acompañan á la virtud. En estos años que vamos recorriendo, la más conocida tribulación de la Compañía en España fué la de Melchor Cano, quien volvió á la carga con nuevos bríos en Valladolid el año 1556. Á su vuelta del Concilio de Trento, había sido propuesto por el Emperador para el obispado de Canarias, y preconizado en Roma el 24 de Agosto de 1552 (1). No sabemos cuándo fué consagrado Obispo, pero no debió ser mucho tiempo después. Por la carta, que luego citaremos, del P. Luis de Mendoza, se saca que fué consagrado en Segovia (2). Muy pronto presentó su renuncia, sin ir

(1) Fermín Caballero, *Melchor Cano*, p. 266, donde pueden verse las pruebas de que fué consagrado Obispo, contra la opinión de algunos que negaban este hecho.

(2) Registrando en el archivo de la catedral de Segovia las actas del Cabildo, hallé el siguiente párrafo: «Miércoles 18 de Enero 1553.—Este día cometieron á los Señores Deán Juan Rodríguez, Hernando de Cabrera, licenciado Realiego y Diego